CAÍDOS DEL CATRE

Alfredo Savy

Image not found.

Capítulo 1

CAÍDOS DEL CATRE

Alfredo Savy

A Estefanía.

A todos aquellos

que en el fondo saben

que no son muy cuerdos.

La locura no es estar loco sino

enloquecer a los demás

con razones que tienen razón

Juan Gelman

País que fue será

1

-Ey, Catalino, vení, mirá por la ventana. Hay una paloma que me pide que le entregue mi sedante.

- Sí, Gastasuelas, esa paloma es terrible. El otro día me pidió que tirara el colchón por la ventana para dormir ahí con toda su familia; es muy incómodo dormir en las ramas.

- No, no te lo pienso dá. Ahora a la sei me toca. Así que rajá de acá... ¡No, te dije que no!

- ¿Qué pasa? –pregunta un enfermero abriendo la puerta levemente.

- Nada, nada –dice Catalino.

La ventana por la que estaban mirando hacia el patio Catalino y Gastasuelas estaba en el segundo piso del manicomio y se podían ver desde allí el inmenso jardín cubierto de césped, los grandes árboles llenos de verano, llenos de pájaros, sobre todo de palomas, que se posaban del otro lado del vidrio y miraban hacia el interior de la habitación que compartían desde hacía dos años. Mucho no había para mirar allí adentro, ya que no había muchas cosas: dos camas con una sábana y un acolchado cada una, una mesita de luz vacía, una cómoda, un pequeño armario que en su interior tenía cuatro pantalones, dos batas blancas y cuatro remeras (dos azules, una verde y una amarilla), una de las azules y la verde eran de Gastasuelas. Aunque los dos vestían con piyamas a rayas.

Catalino Monsiuri era flaco y alto, medio pelado, con unos bigotitos algo gastados y con un tic nervioso en el ojo izquierdo, sus muñecas estaban rayadas (vestigios de una época muy angustiante y deprimente).

"Gastasuelas" era el sobrenombre que le habían puesto allí a Gustavo Pedrini; era llamado así por lo rápido que caminaba y por haber vivido en la calle durante mucho tiempo (hasta que un día en una esquina se encontró con una mujer llamada locura). Esta mujer lo hizo perderse, caminó y caminó durante días sin saber dónde estaba, hasta que llegó a un lugar y le preguntó a un almacenero dónde podía alistarse para

ir a las "Campañas al desierto". En ese momento, el almacenero llamó a la policía, la policía llamó a una ambulancia y ésta se lo llevó al "Instituto de Salud Mental".

Gastasuelas era algo gordo, algo de barba tenía el pelo muy enrulado y caminaba como echado hacia atrás, como sentado en sus propias caderas, revoleando los brazos hacia adelante y hacia atrás, como si tuviera las mangas del piyama vacías, sin los brazos adentro.

Catalino llegó a allí por depresión. Al principio era una persona muy reservada y cabizbaja y no había abierto la boca hasta que conoció a Gastasuelas. Lo primero que éste le dijo fue: "venimos del polvo y al polvo vamos". "Bueno, avisame cuándo vamos así no me baño", le contestó Catalino.

Desde ese día se hicieron inseparables. El problema era que sus habitaciones estaban lejos una de otra y ellos querían compartir también las noches; momento especial del día en el que *salen a la luz* las situaciones más misteriosas, las historias más tenebrosas, los chistes más prohibidos, las carcajadas más censuradas.

Al principio, Catalino tenía otro compañero de cuarto, que se hacía llamar "Sandro". Se parecía bastante al Sandro original, pero cuando abría la boca los demás enfermos se tapaban los oídos. Era esquizofrénico,

claustrofóbico, xenofóbico y cantautor. Además,

le tenía terror a las ratas. Y un día Catalino aprovechó esa fobia para que trasladaran a Sandro a otra habitación cuando encontró una rata junto a la puerta de la cocina. Esa rata era bastante grande, con unos ojos rojos brillantes y con una cola larga como toda rata de manicomio. Catalino abrió lentamente la puerta de la habitación, dejó caer de sus manos la rata ansiosa de escapar y cerró la puerta. Sandro dormía, pero no tardaría demasiado en despertarse y cambiarse para ir a desayunar. Catalino y Gastasuelas se instalaron del otro lado de la puerta de la habitación a ver qué pasaba. La puerta se abrió de par en par. Sandro salió corriendo y en shock. Un enfermero lo detuvo en el pasillo y le preguntó qué sucedía. Sandro, temblando, decía que no volvería a dormir en esa pieza.

Catalino y Gastasuelas hablaron sobre lo sucedido con el director del hospital -que según ellos era parecido a Einstein pero sin bigotes y sin los pelos parados- y le preguntaron si podían ser compañeros de cuarto. El director, que parecía estar más loco que cualquier paciente de aquel lugar, analizó los expedientes y no vio ningún inconveniente, así que Gastasuelas se mudó a la pieza de Catalino. En realidad lo único que llevó fue una bolsa con su ropa.

Cuando Gastasuelas entró, Catalino estaba en el baño. Al salir, Catalino le dijo que se pusiera cómodo, que se sintiera como en su casa, o más bien como en su pieza, y que no le hiciera caso a la paloma que venía a pedirle cosas.

- ¿Cómo te llamabas? –le preguntó Catalino.

- Me dicen Gastasuela.

- Ah, ¿Querés ir a dar una vuelta por el jardín?

- Bueno, esperá que acomodo un poco la ropa.

- Está bien –dijo Catalino- Mientras voy a ir al baño. ¿Cómo te llamabas?

- Me dicen Gastasuela.

-Ah, bueno, bueno, ahora vengo, voy al baño.

Gastasuelas acomodó enseguida su poca ropa en el armario y para hacer tiempo se dedicó a investigar la habitación. Miraba el cielorraso, las paredes, le pasaba la punta de las pantuflas al suelo. En eso estaba cuando apareció nuevamente Catalino y dijo: “Vamos”.

- ¿Te pasa algo? ¿Por qué va tan seguido al baño?-le preguntó

Gastasuelas.

- Porque las primeras relaciones que mantengo con una persona me producen gases y diarrea. Es como un cierto pánico a relacionarme con otros, no sé. –dijo Catalino.

- Entiendo, entiendo. –dijo Gastasuelas.

Bajaron las escaleras, atravesaron el largo corredor y salieron al patio.

- ¿Te parece si no sentamo en aquel banco? –le preguntó Gastasuelas.

Catalino asintió con la cabeza. Caminaron hasta el banco que estaba bajo un sauce y se sentaron. Ese día hablaron de todo un poco y Catalino le contó que tuvo una novia llamada Esther:

- Esthercita era hermosa, tenía un lindo cuerpo y me enloquecía, me explotaba la cabeza y entonces nos amábamos en la soledad de la pieza, que se transformaba en un desierto arenoso ¡Qué linda, qué labios, qué caderas! Luego se iba, no sé, a veces llegaba un poco tarde, algo despeinada, pero yo no le decía nada, sólo le preguntaba si le había ido bien. A veces no me atendía el teléfono y me ponía como loco y salía a buscarla por todos lados. Y si no, me quedaba en la casa a esperarla y cuando llegaba pasaba directo a la pieza para que yo no le dijera nada. Por ai discutíamos, por ai la dejaba. Ella me amenazaba que se iba a ir y yo la amenazaba con que me iba a matar. A veces yo entraba y se escuchaba que estaba en la pieza, cuando iba siempre estaba acomodando la ventana, cerraba la cortina y me llamaba desde la cama. Ahí yo dejaba mi vida, mi respiración, me disolvía en ella.

- Jajaja, qué tipo este –se reía Gastasuelas.

- Hasta que un día la encontré muerta. –dijo Catalino, y Gastasuelas se puso serio- Se había tomado un frasco completo de pastillas para adelgazar. Yo me corté las venas, pero me encontró rápidamente una vecina porque yo había dado unos gritos tremendos cuando la encontré a Esthercita. Y acá estamos.

Ese día Gastasuelas sintió una gran pena por su nuevo amigo y desde ese momento se prometió cuidarlo. Temía que volviera a tratar de suicidarse.

2

Dejaron de lado las palomas y bajaron a almorzar. Un enfermero les trajo la medicación y, antes de que se marche, Gastasuelas le pidió un vaso de vino en vez de la pastilla.

El enfermero sonrió y se fue.

- En realidad, no puotomámá vino. En una época tomaba mucho. –dijo Gastasuelas.

- Y sí, el vino es...-dijo Catalino.

- No, no e’ por lo que e’, sino porque me gusta mucho la sandía.

- Yo no voy a tomar la medicación –dijo Catalino.

- Si vo no la tomá, yo tampoco –dijo Gastasuelas.

A partir de ese momento ambos simulaban que tomaban la medicación, pero no lo hacían. Lo que produjo la llegada de un nuevo amigo. Sólo ellos dos lo veían. Sólo con ellos dos se sentó ese día a almorzar y a charlar el hombre al que llamaron *Chifle*. Él era alto, con el pelo muy negro, vestía un traje marrón. Al principio lo había notado sólo Catalino, luego le chistó a Gastasuelas para que mirara hacia su derecha y observara al hombre que estaba sentado a su lado. Gastasuelas giró lentamente la cabeza y sonrió. Chifle los saludó a los dos. Ellos lo saludaron y empezaron a reír los tres. A los pocos minutos llegó una enfermera y les preguntó si estaba todo bien, les retiró los vasos vacíos de la medicación y se fue.

Los dos sabían que tendrían un nuevo amigo, pero aún no sabían cómo se llamaba.

- Preguntale como se llama –dijo Catalino.

- ¿Cómo te llamá? – le preguntó Gastasuelas.

- Chifle –contestó Chifle.

3

Catalino, Gastasuelas y Chifle entraron a la habitación. No pensaron dónde iba a dormir Chifle; faltaba mucho para que llegara la noche, ya habría tiempo de pensar en eso. Antes habían decidido bajar e ir al patio a sentarse debajo del sauce a charlar un rato. Pero Gastasuelas sintió que se hundía en el suelo de la habitación. ¡Me hundo! ¡El agua me llega a las rodillas! Y de un salto cayó sobre su cama. Catalino saltó también hacia su cama y Chifle quedó en medio de los dos, hundiéndose. ¡Saltá, rápido! Gritaron al unísono los otros dos. Chifle cayó de rodillas sobre la cama de Gastasuelas. El agua tocaba los flecos de los acolchados. Pronto encontraron los remos dentro de las canoas. ¡Remen! ¡Remen! ¡Debemos llegar a aquella isla! Los tres remaban agitadamente. ¡Remen, no se detengan! De pronto, una gran ola elevó muy alto a Catalino que iba sólo en su canoa. Gastasuelas y Chifle lo miraban desde unos dos metros más

abajo. Catalino sonreía y sus remos daban aletazos inútilmente en el aire. Luego miraron hacia adelante, a unos kilómetros se veía la silueta de una isla. Más allá de su orilla blanca se podían observar palmeras, y una selva tupida, con algunas montañas que sobresalían detrás.

Los gritos se escuchaban desde el salón comedor, donde otros pacientes estaban comiendo aún. Unos enfermeros comenzaron a caminar, otros a correr por el manicomio buscando de dónde provenían aquellos gritos.

Gastasuelas, Catalino y Chifle se bajaron de las canoas, caminaron por la arena y llegaron a la isla. Cuando los enfermeros entraron, Catalino y Gastasuelas estaban arrodillados, tambaleándose, sobre la cómoda.

4

No voy a detallar cómo los enfermeros se dieron cuenta de que ese día Catalino y Gastasuelas no habían tomado la mediación, ni cómo los trataron después de eso, ni cómo los obligaron esa misma tarde a tomar la *pastillita*, agarrándolos de prepo y metiéndoselas entre los dientes cerrados que se negaban a ser como los demás, que se rebelaban contra las lógica de la cordura, contra la hipocresía de la sociedad, aunque tal vez estos locos no lo sabían; sólo querían ser libres. Eran incomprendidos porque las leyes de la moral o la lógica occidental no permitían a seres como ellos. Los expulsaban, los maniataban para que se quedaran inmóviles y no crearan caos, y para que no confundieran a los “sanos”, a los “normales”.

No voy a detallar que los amarraron de los brazos y de las piernas y les metieron el dedo calloso de uno de los enfermeros, que ese enfermero gritó de dolor cuando le metió la pastilla a Gastasuelas y que los dientes de éste quedaron manchados de sangre del enfermero.

Un ataque de nervios fue el resultado para los dos amigos que quedaron sentados uno frente al otro en dos extremos apartados de la habitación. Aunque, a salvos del electroshock, que en esa oportunidad no fue usado por los enfermeros.

5

Pensamiento en voz alta de Catalino: *El tiempo es el cafiolo de mi libertad. Cómo me gustaría agarrarlo por el cuello, levantarlo en el aire, hacerle juicio por rápido. Tiempo raro este, tiempo apurado que me lleva a la desidia de vivir enjaulado en este antro de monos silvestres, hombres primitivos que callan su verdad por miedo al qué dirán.*

Como para hacer bollos está el horno, como para comer caramelos está el nene. Tengo que buscar mi luz, y una mesa para mi luz, una mesa de luz, ja. Esto de estar mirando el techo no ayuda, esto de ver el perfil de

Gastasuelas en la penumbra de la pieza no ayuda mucho ¿a qué no ayuda? ¿a curarme? ¿a curarme de qué? a ser más buenito para la sociedad, más tranquilo. Hay quienes están afuera de esta gran jaula pero que están más encerrados, porque acá adentro , a veces, somos libres y ellos, allá afuera, están reprimidos, enjaulados por las leyes que todo lo encierran, todo lo tocan, todo lo matan.

6

Una de esas tardes, Gastasuelas, Catalino y Chifle estaban paseando por el patio, teniendo una conversación sublime, cuando llegaron hasta el tapial que separaba el manicomio de la calle. Catalino apoyó su espalda al tapial, dobló la rodilla de su pierna derecha y quedó apoyadocon el pie de ese lado, haciendo equilibrio con el pie izquierdo.

- Es imprescindible la conformación de un sindicato dentro de este hospital. –dijo Catalino.

- Es verdad –dijo Chifle, que por lo cierto solía hablar de vez en cuando.

- ¿Pa' qué? –preguntó Gastasuelas.

- ¿Cómo para qué? Para apoyarnos entre todos y no ser maltratados. –aseguró Catalino.

- Es verdad –asintió Chifle, que era bastante experto en redundancias.

Gastasuelas estaba como abstraído, desconcentrado de la charla. Chifle seguía asintiendo con la misma redundancia y con un movimiento de cabeza las exposiciones de Catalino sobre la creación de un sindicato de locos (aunque no lo llamaran así).

Gastasuelas miraba fijo al muro que los separaba de la ciudad. Miraba fijo a un punto. Catalino seguía hablando. Gastasuelas corrió de un manotazo del paredón a Catalino y miró de cerca los ladrillos; vio una luz entre ellos, vio a través de ellos por un espacio de cinco centímetros. Por allí se podían ver los autos que pasaban por la calle, las personas que iban y venían, los letreros de los negocios, los semáforos que cambiaban, la sombra de los árboles sobre la calle (una sombra que era diferente de la que daban los árboles dentro del manicomio, precisamente por estar fuera de éste), los niños que salían de la escuela tomados de la mano de sus madres.

- Debemo irno al carajo –dijo Gastasuelas como si hubiera descubierto la dinamita.

Catalino seguía divagando sobre el tema que lo concernía en torno al sindicato de locos, mientras Chifle continuaba redundando su única frase

del día.

- Debemoirno al carajo –repitió violentamente Gastasuelas.

Los otros dos simulaban no haberlo escuchado, pero lo habían hecho perfectamente.

Gastasuelas se alejó de ellos, recorrió el patio buscando algo. Dio varias vueltas alrededor, costeando el tapial y cruzando de un lado a otro, recorriendo cada rincón y recoveco del lugar.

- Mirá ese loquito cómo da vueltas –dijo ingenuamente un enfermero.

- Dejálo que pasee, mientras no haga lío –dijo indiferente otro enfermero.

Gastasuelas llegó disimuladamente hasta un tendal, por suerte no había ropa colgada allí. Desató disimuladamente la sogade los postes en la que estaba atada y, al ver que los enfermeros ya no le prestaban atención, se la escondió debajo de la ropa.

7

- Ey, Catalino, dispertate che, dale.

- Dejame.

- Dale, dispertate, Catalino.

- ¿Qué pasa? Dejame dormir.

- Dispertate, dale. Nos tenemo que ir de acá.

- Bueno, al mediodía cuando me levante.

- No, ahora. No sea marmota.

- Dejame, por el amor de Dios, por el amor de...

- ¡Dale, pedazo de larva!

- Bueno, bueno, ¿qué pasa?

- Nos tenemo que ir de acá.

- Pero ¿es de noche todavía?

- Sí, no novamo a escapar de día...

- ¿y para qué nos vamos a ir?

- Porque estoy podrido de estar acá. ¿Vo no?

- ¿Y cómo nos vamos a escapar? ¿Me querés decir?

- No sé, pero pensemo algo entre los do.

Gastasuelas, en piyamas, se hamacaba nerviosamente, comiéndose las uñas, pensando cómo escaparía del lugar. Catalino se incorporó, se sentó en la cama y se desperezó.

- Por la ventana. –dijo Gastasuelas.

- ¿Vamos a salir volando? –preguntó Catalino.

- No, pedazo de marmota. Con la soga que saqué del tendal.

Se podía estar loco, pero no ser idiota. Era obvio que Gastasuelas había sacado la soga del tendal para escaparse por la ventana una noche en que nadie los escuchara, pero temía que los descubrieran; sentía dudas, sentía adrenalina, las manos le transpiraban, se sentía vivo, a pesar de que a ese sentimiento lo había perdido hacía mucho tiempo.

De inmediato se pusieron de pie en medio de aquella habitación. Los dos con sus piyamas a rayas se miraron, se sonrieron, se dirigieron a la ventana.

- Vos andá bajando que yo te sostengo la soga –le dijo Catalino a su amigo.

- No, vo bajá primero. –refunfuñó Gastasuelas.

- No, vos.

- No, vo.

- Sabés qué, vamos a atar la soga a la pata de la cama, yo voy a bajar primero y vos detrás mío. –expuso Catalino.

- Está má que bien –dijo Gastasuelas.

La atadura que Catalino le hizo a la soga alrededor de la pata de la cama quedó bien sujeta. La soga tensa se ajustaba en sus manos y fue el primero en empezar a caminar verticalmente sobre la pared del hospital. Estaba llegando al primer piso, cuando Gastasuelas comenzó a descender

también. Catalino hubiera esperado a que uno de los dos llegase primero al suelo para comenzar el descenso del siguiente, pero ya era tarde, no le podía pedir a su amigo que volviera a subir y esperara en la habitación hasta que él terminara de bajar. Además, con lo porfiado que era Gastasuelas, hubiera sido en vano gastar saliva para expresar esas palabras.

Con el peso de ambos, la soga aumentó su estado tirante y llegó a estar extremadamente tensa, lo que comenzó a generar un leve movimiento de la cama hacia la ventana. Ese leve y tímido movimiento se volvió rápidamente en un brusco y torpe correr de muebles que terminó dando como resultado la caída de ambos amigos en el jardín del manicomio y con repartidos golpes en la cabeza en cada uno de ellos.

Al levantarse, se refregaron las extremidades y las sienes golpeadas, se sacudieron la tierra y las hojas pegadas a la ropa y sonrieron juntos, aunque bajito para que nadie los escuchara. Sabían que la fuga ya había comenzado y no debían echarse atrás; pronto estarían en la calle, a la intemperie de una nueva vida y, aunque a la mañana siguiente empezaran a buscarlos, aprovecharían todo el tiempo posible mientras estuvieran afuera antes de que los atraparan nuevamente.

Corrieron hacia el portón de salida. Al llegar descubrieron que éste era muy alto, no podían treparse. Catalino se acordó de que un segmento del tapial junto al edificio del hospital había sufrido el pequeño derrumbe de unos pocos ladrillos y allá fueron; por ahí podrían pasar.

Gastasuelas, que era más fortachón, le hizo “piecito” a Catalino para que éste se trepara al tapial y pasase para el otro lado. Catalino lo logró. Gastasuelas ubicó una lata junto al paredón y se trepó también.

Ya estaban afuera los dos, la vereda estaba oscura; la calle, apenas iluminada; nada más propicio para una buena fuga.

8

- Esperá, esperá –dijo Catalino.

- ¿Qué va a esperá? –indagó Gastasuelas.

- Esperá…mirá, allá viene.

- ¿Quién?

- Chifle, ¿quién va a ser?

- Ah, sí, el pobre nos debe haber escuchado cuando nos caímo en el

jardín.

- ¡Vamos Chifle, que estamos apurados! –gritó Catalino.

- Vamo, sigamo por acá –dijo Gastasuelas cruzando la avenida y señalando el camino a seguir a sus dos acompañantes.

Cruzaron la avenida, no eran más de las once de la noche. El calor del asfalto traspasaba la fina suela de las pantuflas. A unas cuadras de allí se escuchaban gritos, silbatos, música y redoblantes.

El carnaval iba llegando al tramo final. Los tres amigos creyeron que se trataba de un recibimiento de bienvenida de los vecinos del lugar que se habían enterado de su escape a través de un seguimiento satelital, ayudados por algunos colaboradores de Marte que bien sabían utilizar esos aparatos electrónicos.

Caminaban por el medio de la calle entre mascaritas, carruajes y murgas. Levantando los brazos iban, alegres de ser tan bien recibidos, creyendo en su más inocente locura que toda aquella gente reunida allí se había congregado para recibirlos a ellos; que volvían de una gran jaula, que volvían a la vida. Entre guirnaldas, música, gente festejando y focos de colores volvían a la calle, hambrientos de libertad.

Catalino con una sonrisa que le llegaba a la nuca por ambos lados; Gastasuelas no podía dejar de reírse a carcajadas y Chifle, según ellos dos, iba cantando el himno nacional; siempre festejaba de esa manera.

Las mascaritas pasaban junto a ellos gritando alaridos agudísimos, las chicas de las murgas sacudían sus caderas semidesnudas a sus alrededores, la gente de la platea saludaba efusivamente a Catalino y a Gastasuelas que devolvían sus saludos con las manos bien abiertas.

Qué fiesta aquella, qué algarabía, era poético ver a tanta gente allí reunida compartiendo algo; raro de ver en esta sociedad tan poco compartidora (o compartidista, tal vez…por no caer en términos comunes como “esta sociedad individualista”).

Los bombos retumbaban en los oídos de nuestros tres amigos que ahora iban bailando al compás de la murga, que según creían felizmente, había sido creada sólo para ellos en aquel bautismo social.

La felicidad duró lo que tenía que durar y cuando las doce de la noche se hicieron notar, la gente comenzó a retirarse rápidamente.

Los tres amigos quedaron solos en medio de la calle.

Entre los que aún no se habían ido estaba el presentador de las comparsas, enrollando el cable del micrófono. Hasta allí llegaron los tres amigos:

- Buenas noches ¿qué tal? ¿cómo le va, señor? Qué gusto conocerlo, ¿qué tal? ¿bien? Bueno, me alegro. Dígame, ¿usted podría decirme si existe por aquí alguna pensión o algún hotelito para que mis dos amigos y yo podamos pasar la noche? –le preguntó Catalino al presentador, señalando a Gastasuelas y a un espacio vacío que quedaba entre ellos.

- Perdón amigo, pero yo sólo veo una sola persona ahí –dijo el presentador.

- ¿No ve a Chifle?, Usted debe estar loco.

- Bueno, bueno, allá hay una señora, a la que llaman Tita, que tiene un comedor y los va a poder ayudar. Ahora déjenme seguir guardando las cosas que me tengo que ir –dijo algo molesto ese hombre.

- Gracia, che. –dijo Gastasuelas.

Tita era una señora que tenía un comedor detrás de la vía, lo había fundado al quedar viuda y ayudaba a darle de comer a muchos niños del barrio. Su cuerpo de proporciones considerables estaba cubierto de un vestido largo. En sus orejas lucía unos lindos aros y de sus brazos colgaban pulseras que hacían ruido de sonajeros.

Catalino se acercó primero:

- Buenas noches ¿qué tal? ¿cómo le va, señora? Qué gusto conocerla, ¿qué tal? ¿bien? Bueno, me alegro. Quería saber si usted sería tan amable de hospedarnos en su comedor tan sólo por esta noche.

- Depende, si se están escapando de la policía, no. –sentenció la señora, remarcando la negación con un dedo regordete que iba y venía.

- ¿De la policía? –preguntó Gastasuelas.

- Dejame a mí…-dijo Catalino- No, señora, hoy a la tarde nos dejaron salir a pasear del hospital que está acá a dos cuadras y fuimos a comprar unas cosas, pero cuando volvimos notamos que ya habían cerrado con candado el portón de entrada y se habían olvidado de nosotros.

La mujer fingió creerles, sabía de qué tipo de hospital se trataba. El comedor quedaba a unas diez cuadras del lugar, en un barrio muy humilde.

Durante la caminata pudieron conocerse mejor y la señora corroboró definitivamente que sus nuevos amigos eran diferentes.

Cuando llegaron los recibió el Cordobés (Adrián Polavsky), un muchacho con unos rulos negros como la soledad y tan brillantes como gotas de lluvia. Sus ojos destellaban cierta tristeza y su barba se trepaba por el cuello hasta llegarle casi a los ojos. Estaba por irse a dormir, pero antes se había sentado en el umbral de la puerta a fumar un cigarrillo; estaba en rehabilitación de drogas. Podría haber ido a algún otro lugar a recuperarse, pero allí él se sentía feliz. Gastasuelas, Catalino, Chifle y Tita lo saludaron.

El galpón que hacía de comedor era bastante grande, había funcionado como taller antes de que el marido de Tita falleciera. Ella les explicó dónde quedaban las camas en las que debían dormir aquella noche. Catalino y Gastasuelas le preguntaron si no tenía una cama más para su amigo Chifle. Ella les preparó una cama más a su lado y les dijo que estaba todo listo, que ya podían dormir tranquilos. A los pocos minutos ambos amigos roncaban despreocupadamente. El ruido del motor del ventiladorcito de pie los había relajado. Hacía calor, pero por el portón abierto y por los ventanales, que estaban sobre ellos a unos metros, entraba un viento de los más frescos.

9

Catalino y Gastasuelas se despertaron con el sonido de la cumbia que retumbaba en el galpón. El Cordobés, muchacho barbudo y algo despeinado, se había ido afuera y se había sentado en el suelo junto a la puerta.

Él, a pesar de ser cordobés (y eso implica tener el cuarteto en las venas), no escuchaba cumbia, sino rock, más específicamente rock nacional. Respetaba la cumbia como medio de expresión del sector marginado de la población que antes no tenía voz, que se expresaba a través del tango y del folclore, pero que al cambiar había encontrado el espacio para expresarse en un nuevo tipo musical. La respetaba, pero no la escuchaba, no la sentía. El rock había sido siempre su almohadón en la nuca. Su lugar. Uno de sus cantantes preferidos era Luis Alberto "El Flaco" Spinetta. A partir de él había conocido a Artaud, éste lo había llevado a conocer a los surrealistas franceses y, como Lautréamont decía"*El arte debe ser hecho por todos"*, había decidido ser poeta.

Un poeta callejero, un poeta del lado rústico de la vida, en fin, un poeta. En el barrio ya era reconocido como tal y tenía fama de escribir poemas, canciones, raps, coplas, algún que otro cuento y demás; todo a partir de cualquier tema.

Esta canción es una de las tantas que ha escrito:

Cuando el paisaje duele

cuando el paisaje

la calle separa

a los con y a los sin trajes.

Cuando el paisaje duele

duele profundo

lleno de muros

separando mundos.

Cuando el paisaje duele

somosto' responsables

cuando el paisaje habla

callan los miserables.

Cuando el paisaje duele

como herida de facón

son dolorosísimas

las lágrimas de la población.

Cuando el paisaje duele

cuando el paisaje

la calle separa

a los con y a los sin trajes.

Además (no sé si es necesaria la aclaración), el Cordobés era socialista, algo que lo hacía discutir continuamente con mucha gente, aunque a su convicción no la abandonaba por nada del mundo.

En eso estaba el Cordobés cuando vio que un hombre se acercaba,

cantando una canción de los ‘70.

- Hola ¿acá se encuentran Catalino y Gastasuelas? –preguntó el hombre que se había parado junto al Cordobés.

- ¿Quiiénes? – repreguntó el Cordobés que no sabía aún los sobrenombres de los dos nuevos amigos que habían llegado por la noche.

- Ca-ta-li-no y Gas-ta-sue-las –dijo claramente el hombre.

- Ah, sí, si se reeefiere a esos dos hombres que se eeestán levantando allá aaadentro…

- Sí, esos son.

Catalino y Gastasuelas se estaban vistiendo y vieron que en la puerta había una figura reconocida para ellos.

- ¡Sandro! –exclamó Gastasuelas.

- ¿Qué hace éste acá? –preguntó Catalino.

- Este hombre los eestábuuscando –dijo el Cordobés.

- Eh, Sandro…¡qué alegría verte! –dijo Gastasuelas.

- ¿Vos nos estás siguiendo? –indagó Catalino algo molesto.

- Anoche sentí ruido y vi que se habían caído en el jardín. Después los vi saltar el tapial y los estuve siguiendo, los perdí de vista, pero averiguando los pude encontrar…jajaja –dijo Sandro.

- ¿Y para qué nos buscás? –volvió a preguntar Catalino.

- Porque ya no quiero estar en ese lugar, y ustedes son los únicos que conozco. –se precipitó a contestar Sandro.

- Bueno, nosotros nos estábamos yendo…¿venís? –dijo Gastasuelas.

- ¿A dónde van? –preguntó Sandro.

- Sí, ¿a dónde se suuuponen queee van? –preguntó el Cordobés, que había estado observando la charla sentado en el suelo.

- ¿A dónde vamos? –le preguntó Gastasuelas a Catalino.

Hay que aclarar que Chifle, que era experto en redundancias, hizo la

misma pregunta.

Catalino se echó a reír y cuando terminó y tragó saliva dijo seriamente:

- Debemos ir al parque más cercano, nos están esperando.

10

Para ir al parque más cercano, debían cruzar toda la ciudad.

Catalino, Gastasuelas, Chifle, Sandro y el Cordobés se despidieron de Tita, agradeciéndole efusivamente, arrodillándose e inventando muchas parsimonias.

Comenzaron a caminar, iban observando las casas, los negocios. Muy pronto llegaron a la avenida principal llamada Villegas, donde se había llevado a cabo el carnaval (o, mejor dicho, la bienvenida a nuestros dos amigos a la vida fuera del hospital).

Allí vieron a parejas sentadas tomando helados en los bancos de las ramblas, porque las veredas de las heladerías estaban atestadas; apenas había lugar para pasar por allí y había que andar esquivando las sillas de la gente que estaba sentada chupando frutos del bosque o mordiendo cucuruchos.

Los amigos caminaban como si nada, empujando a la gente o haciendo caer a los niños. Pasaban despreocupados, aunque la gente se quedaba confundida y algunos hasta les recomendaban que se fueran

a visitar a sus madres, aunque de una forma más directa.

Frente a la plaza San Martín, que era la principal de la ciudad, los amigos pasaron como en cámara lenta. Algunos los saludaban y hasta les convidaban mate o cerveza, algunos bebieron las dos cosas. Los dolores de barriga no se tuvieron en cuenta hasta ese momento. La municipalidad, que estaba enfrente fue señalada por los amigos y dijeron que ya les iba a tocar el turno a ellos de sentarse en el sillón de la Intendencia. Gastasuelas hablaba muy en serio.

Al pasar por la Biblioteca Rivadavia, el Cordobés quiso entrar a buscar un libro, pero los demás le preguntaron si se había vuelto loco, que cómo iba a leer, que para qué y no se sabe que otras ignorancias.

Caminaron cuadra tras cuadra hasta llegar a la puerta principal del Parque Municipal. Era un lugar todo verde, con lagunas al centro y muchos puentes. Era todo tan verde que hasta las lagunas habían adoptado ese color. Por los caminos la gente caminaba, corría y hacía gimnasia. En algunas mesas y bancos otros tomaban mate y charlaban. A los lejos, en

el anfiteatro, se escuchaba música tal vezera la prueba de sonido de algún encuentro de bandas de rock.

Había un sector de juegos también, donde no faltaban las hamacas, los toboganes y algunos tractores enterrados. En ese sector, los chicos jugaban a ser grandes y los grandes a ser chicos.

- Allá debemos ir –dijo muy seguro Catalino, señalando el sector de juegos.

- Avanti –dijo Gastasuelas, que algo de italiano sabía.

11

El Cordobés divisó un sauce llorón junto a la laguna que estaba más cerca, como hipnotizado por ese árbol se fue separando del grupo hasta sentarse debajo y, sacando una libretita y una lapicera de uno de los bolsillos de la bermuda, comenzó a escribir. Su mirada se perdía en la laguna, y de vez en cuando miraba hacia arriba, donde se encontraba el follaje del sauce, quizá inspirado por algún pájaro.

Los demás se dirigieron hacia el sector de juegos, allí había cuatro niños jugando y a unos metros, sentados tomando mate, cuatro padres vigilando que ninguno se fuera a caer o a golpear. En el momento en que nuestros amigos llegaron, los padres estaban concentrados charlando nostálgicamente sobre tiempos pasados y el empate actual de River y Boca y no prestaron atención en los zafados que se acercaban a sus chicos.

En un tren hecho a partir de cuatro tachos de doscientos litros enterrados horizontalmente en el suelo había un niño de aproximadamente siete años jugando a que era el maquinista de ese tren. La comitiva se sentó en los vagones, Catalino les hizo señas a los demás para que lo dejaran hablar primero.

- Sabemos que eres el líder –se apresuró a decir Catalino, mientras el ojo izquierdo se le cerraba debido a su tic nervioso.

- Sí, soy el líder –aseguró el niño sin saber bien a qué tipo de líder se refería el hombre que le guiñaba un ojo para jugar y creyendo que se trataba de liderar el tren, siendo maquinista en ese momento.

- Sabemo que le vendé información al director del hospital –dijo Gastasuelas seriamente.

- Y que tus hombres –Catalino señaló a los amigos y hermanos del niño- te han estado dando información que nos compromete. Por eso, queremos

hacer un trato.

El niño sonrió al creer que se trataba de un juego, pero de inmediato se puso serio y continuó con su papel de mafioso.

- Es verdad, estuve mandándole información a…al…al director.

- ¡Lo sabía! –exclamó Catalino, aunque procuró no hacerlo muy alto para no ser escuchado por los guardaespaldas del niño (nada más ni nada menos que sus padres)

- Bueno, ¿hacemo o no un trato? –preguntó Gastasuelas inclinándose hacia adelante y apoyando los antebrazos en sus rodillas.

- Está bien, pero tendrán que conseguir provisiones para mis hombres y para mí –dijo el niño mientras aguantaba la risa.

- ¿Qué tipo de provisione? –indagó Gastasuelas.

- A dos cuadras hay un kiosco, tendrán que conseguirme cinco chocolates, cinco bolsas de caramelos, cinco turrones, cinco bolsas de chicles y cinco latas de Coca-Cola.

- Cuatro de cada uno –intentó negociar Catalino.

- Dije cinco –frunció el ceño el niño.

- Cuatro.

- Cinco –el niño comenzaba a salir de la locomotora en busca de sus padres.

- Bueno, está bien, serán cinco de cada uno –se resignó Catalino.

- Andá hasta el Kiosco, Sandro –ordenó Catalino.

- Sí, señor – dijo Sandro tratando de ser efectivo.

Sandro salió del tren, pasó junto a los padres que no estaban enterados de su presencia, caminó hacia la salida del parque, cantaba mientras caminaba. De vez en cuando se paraba en medio de la calle, tomaba un micrófono imaginario, se abría los botones del pecho del piyamas, señalaba alguna planta y cantaba *Rosa, Rosa tan maravillosa, como blanca diosa como flor hermosa*. Luego de terminar la canción se reía, imitando la risa del ídolo popular. Hizo una cuadra por Pereyra Rozas y llegó al kiosco, que estaba en una esquina. Cuando estaba por entrar dos enfermeros se antepusieron frente a él, atrapándolo inmediatamente. Forcejeó y forcejeó pero nada, los enfermeros lo tenían agarrado

fuertemente. Pereyra Rozas era una de las calles laterales del kiosco, allí había una ambulancia esperando la acción de los enfermeros, para llevar al buscado directamente al hospital. Pero antes debían saber dónde estaban los otros caídos del catre. Cargaron a Sandro en ese vehículo, lo amordazaron, y comenzó el interrogatorio:

-¿Dónde están los demás? –preguntó furioso un enfermero más viejo que no había sido visto por Sandro hasta ese momento.

Sandro no contestó. El viejo enfermero volvió a hacer la misma pregunta, pero no obtuvo respuesta alguna. El viejo hizo nuevamente la pregunta, pero esta vez lentamente. Sandro miraba sin ver, estaba confundido y de vez en cuando tironeaba de las correas con las que estaba atado.

- Electroshock –dijo el viejo mirando por una ventanilla del vehículo.

Los gritos de Sandro movilizaron a ciertas viejas que se asomaron a las ventanas a ver qué pasaba, de dónde provenían esos gritos, pero que cerraron cautelosamente para no ser involucradas. La ambulancia arrancó, dobló por Roca, hasta llegar a un descampado. Allí podían "interrogarlo" mejor.

Sandro no dio respuesta, muy maltrecho por los golpes de electroshock había quedado casi desmayado.

- Vamos, llevemos a este pusilánime al hospital –dijo ofuscado el viejo enfermero.

Cruzaron la avenida García Salinas y doblaron por San Martín. Costearon el Parque Municipal. ¿No andarán por acá? Se preguntó el viejo a sí mismo, mientras miraba por la ventanilla.

- Entrá acá –le indicó el viejo al chofer de la ambulancia, señalando la entrada del parque.

12

Catalino y Gastasuelas estaban en las hamacas preguntándose por qué tardaría tanto Sandro. El niño se había cansado de esperar y se había ido a jugar a otros juegos, luego sus padres lo habían llamado y se habían ido todos; sólo quedaban los dos amigos, y Chifle, aunque los enfermeros no tenían la suerte de verlo.

Por el sendero del parque iba la ambulancia, cuando el viejo miró hacia el sector de juegos y los vio. Le gritó al chofer que frenara, que detuviera la ambulancia.

Nuestros dos amigos vieron la ambulancia y comenzaron a correr hacia unos árboles, agarraron cada uno una rama y, creyendo que tenían armas letales, les disparaban rayos láser a los enfermeros.

Los enfermeros eran ahora unos soldados armados que disparaban contra Catalino y Gastasuelas. Ellos los apodaron "Los Cápsulos". Una piedra esférica fue una de las granadas que tiró Gastasuelas, obviamente no explotó, pero le dio de lleno en la cabeza a uno de los Cápsulos, que cayó redondo bajo una acacia.

Chifle tiraba granadas pero no acertaba una.

Catalino había encontrado un tronco seco; era un arma de triple rayo láser, aunque debía mejorar su puntería, ya que hasta el momento no había dado a ningún blanco y los Cápsulos seguían corriendo detrás de ellos.

Corrían y se divertían, mientras los Cápsulos estaban furiosos, a unos metros nada más y estaban a punto de alcanzarlos. Catalino, Gastasuelas y Chifle corrieron hacia un puente largo que estaba detrás del anfiteatro. Este puente estaba hecho de troncos y era muy complicado caminar sobre él, pero ellos cruzaron corriendo, entraron por la parte trasera del escenario, saludaron al público que escuchaba una banda de rock y bajaron por las escalinatas delanteras del escenario, en dirección al público. Las gradas estaban repletas. La gente, algo confundida, no sabía bien si esos payasos de piyamas a rayas eran parte del espectáculo o de dónde habían salido.

Los Cápsulos venían cruzando el puente dificultosamente, ya que temían que sus pies quedaran atrapados entre los troncos. Cuando llegaron al escenario, la gente vio a tres tipos vestidos completamente de blanco y pensó definitivamente que se trataba de un sketch que había organizado la banda, ya que, casualmente, la canción que sonaba en ese momento era "*Raros peinados nuevos*" de Charly García. Y la gente acompañaba la letra: *"El silencio tiene acción/ el más cuerdo es el más delirante/ Me gustaban las canciones de amor/ Me gustaban esos raros peinados nuevos/ de chiquito fui aviador, pero ahora soy un enfermero."*

Los Cápsulos, se detuvieron al ver tanta gente, miraban hacia las gradas pero no veían a ninguno de los dos fugitivos. Comenzaron a subir las gradas, buscando, pero el resultado no fue el deseado, había demasiada gente.

El público alentaba enérgicamente a la banda. Catalino y Gastasuelas se habían acomodado en uno de los escalones de las gradas y alentaban también. Los seguidores más allegados de la banda que estaba sonando les habían regalado a cada uno una remera negra que tenía en la delanteraescrita el nombre del grupo y un dibujo de una calavera envuelta

en fuego. Y aunque no lo sabían, habían pasado desapercibidos entre tantos jóvenes de negro. Los enfermeros, por más que esforzaban sus vistas, no podían encontrarlos. Resignados, caminaron un buen trecho hasta la ambulancia, pero manteniéndose alertas, y se fueron con el vehículo en primera marcha.

13

El sol caía. El cielo, con sus nubes doradas, parecía imitar países lejanos.

Nuestros dos amigos se habían olvidado ya de los Cápsulos, cuando vieron que junto al escenario se encontraba el Cordobés, alentando a la banda de la calavera con fuego. Bajaron de las gradas y se ubicaron junto a él. El Cordobés los reconoció, los abrazó, y comenzaron a saltar juntos. Esa alegría es indescriptible para este narrador.

De pronto una gran avalancha de gente se precipitó hacia el escenario, ellos quedaron en el centro de la cuestión. Se abrió un hueco en el centro del campo, algunos se empujaban y cuando la banda llegó al estribillo del cover "Ji, ji, ji" de los Redonditos de Ricota, estalló un gran pogo /*No lo soñééééé, ieh, eh, eh, y vas volando a la deriva/ No lo soñééééé. ieh, eh, eh, los ojos ciegos bien abiertos/*Catalino, Gastasuelas, Chifle y el Cordobés quedaron atrapados en medio de aquella masa de gente que saltaba, se empujaba, cantaba y revoleaba remeras al aire. Ellos estaban chochos allí, se reían, se abrazaban a cualquier compañero que estuviese cerca y cantaban repitiendo lo que decían los demás, ya que sólo el Cordobés sabía la letra de la canción.

14

La noche, con su manto negro agujereado, ha cubierto la ciudad. La luna ha encendido su foquito. Una aureola a su alrededor indica que lloverá. Las luces de colores del escenario iluminan a la gente, bailan en la oscuridad, siguen el ritmo de la música que sigue el ritmo de la vida que sigue el ritmo de las almas.

Catalino, Gastasuelas y Chifle no quieren arruinarle el momento de felicidad a su amigo el Cordobés y por eso deciden irse lentamente, pero cuando él los ve se apresura detrás de ellos y los alcanza, al tiempo que grita que lo esperen. Se une al grupo y comienzan a subir las gradas; del otro lado hay una salida.

Bajan corriendo una larga rampa que tiene la entrada-salida del anfiteatro y comienzan a caminar por un caminito angosto, debajo de los árboles. La noche, algo calurosa, tiene pecas color plata ¿Qué más pueden pedir?

Al salir del parque, los muchachos toman por San Martín, doblan en Pasteur y vuelven a entrar a la avenida principal. Una vez allí se acuerdan

de que el Cordobés había estado mucho tiempo ausentado con eso de la escritura debajo del sauce.

- ¿Y? ¿Escribiste algo? –pregunta Catalino haciéndose el desinteresado.

- ¿Cuándo? –pregunta el Cordobés haciéndose el desentendido.

- Hoy a la tarde –repone Catalino.

- Ah, sí…no, en realiidad nada, bueno algo, peroo nada impoortante...

- ¿Sí o no? –indaga Gastasuelas que va escuchando atentamente.

- Nada de otroo mundo –dice el Cordobés.

- ¿Cómo? Creí que la poesía era otro mundo –ríe Catalino.

- Sí, es veerdad. Bueno, esboocé algunos pensaamientos, algunos pooemas, pero debo trabaajarlos aún más… –señala el Cordobés.

- A ver…mostráme –ordena Catalino.

- Nooo, noo sé…

- Dale, yo hago de crítico –asegura Catalino.

- Bueno, aaacá hay algo...

Van caminando por el centro. El Cordobés arranca una hojita de la libreta y se la da a Catalino. Éste lee:

Tus hojas bailan con el viento

tus alas me envuelven

mi rincón en el mundo sos vos

mi calle, tu vientre,

donde me gusta perderme

y creer en las estrellas

que veo en ese pedacito tuyo de cielo.

- Muy bueno, che. Algo cursi tal vez –asegura Catalino.

- Por eso, no tee digo que tengo que trabaajarlotodaavía…-dice el Cordobés mientras se rasca la barba.

- Me gusta de todas formas, hay cierto simbolismo en el poema. Podría decir que las hojas representan las manos que saludan, tal vez. Las alas son los brazos o el alma que te envuelven, que te abrazan. Tu rincón en el mundo es ella porque no importa dónde estés, lo importante es que estén juntos. Lo del vientre me gusta, es un lugar al que los hombres nos gusta llegar y quedarnos. Las estrellas, está demás decir que son sus ojos. El cielo quizás es su cara preciosa. –Catalino hace un análisis riguroso del poema, parece haberse concentrado y haberse despegado de su locura por un rato.

Tal vez la poesía es un espacio en que los cuerdos se vuelven locos y los locos cuerdos. Tal vez la poesía es algo que debe ser tomado con seriedad, ya que toca las zonas más profundas y sensibles de los hombres y mujeres. Y por eso Catalino se ha puesto tan serio al analizar ese pequeño poema. Tal vez la poesía es…

15

- Tengo lo pie como una empanada –comenta Gastasuelas mientras caminan por la avenida.

Las heladerías siguen atestadas de gente que mira confundida a estos seres extraterrestres que visten con piyamas a rayas. Cruzan todo el centro hasta llegar al otro extremo, donde se ubica la estación de trenes. En frente hay un bar con mesas y sillas afuera, incluso hasta una fuente totalmente iluminada que dispara chorros de agua.

- Vamos aaqueel bar –señala el Cordobés.

Llegan, se sientan en una de las mesas. Catalino le acerca una silla a Chifle que toma asiento lentamente. Antes de que alguien diga algo, el Cordobés aclara que él se hará cargo de la cuenta, que pidan algo para tomar que él lo pagará.

El mozo se acerca y Gastasuelas es el primero en pedir:

- Un café, por favor.

- ¿Qué caaafé ni que ochooo cuartos? –se enoja el Cordobés-Traénos unos ferneesitos bien fríos…Gracias.

- Lindo lugar este, che –comenta Catalino.

Unas muchachas pasan por la vereda y Gastasuelas les chifla, aunque cuando ellas lo miran lo señala a Catalino que está concentrado en la

fuente que tira agua. Gastasuelas codea al Cordobés:

- ¿Viste cómo me miraron?

- Sí, te queeeríancooomer vivo –dice irónicamente el Cordobés.

A los pocos minutos llega el mozo con los fernet y un platito con maníes. Catalino agarra un manojo de maníes y comienza a desnudarlos de su piel roja. Mira su vaso y hace "fondo blanco", luego aclara que tenía mucha sed.

Se quedan un rato callados, hasta que Gastasuelas rompe el silencio:

- Me hago pis.

Los demás no lo han escuchado, concentrados en la gente que pasa por allí, en las luces del centro que obnubilan la vista, en los autos que van y vienen; charlando sobre la constelación de la osa menor y otras pocas estrellas que se pueden observar debido a las luces de la ciudad. Gastasuelas se levanta de su silla y camina lentamente hasta el borde de la fuente que bellamente larga los cinco chorros hacia arriba. Ahora hay seis chorros y el agua comienza a ponerse amarilla.

16

Gastasuelas volvió a la mesa donde se encontraban los demás, pero cuando estaba por sentarse los otros comenzaron a levantarse de sus sillas y, sin darse cuenta de dónde venía éste, le dijeron que irían a tomar unos tragos al bar "El Puntano". El Cordobés ya había pagado la cuenta y señaló el bar que estaba del otro lado de la vía.

Al cruzar, una ráfaga de viento atravesó el paso a nivel y, mezclada con el alcohol, provocó cierto mareo en los tomados.

Entraron al bar, se encaminaron hacia la barra y pidieron una cerveza para compartir.

El lugar era bastante chico, con varias mesas de pool, mesas y sillas para sentarse; pero el centro de atención era un metegol viejo que había cerca de los baños, si es que a esos dos cuartuchos con sus respectivas imágenes de un hombrecito y una mujer en cada puerta se los podía llamar baños.

El metegol estaba atestado de gente, ya que no sólo lo rodeaban cuatro jugadores –dos de cada lado-, sino que, además, lo seguía una ronda de hinchas que miraban atentamente y gritaban o festejaban según las circunstancias, empinándose más de una vez el pico de la cerveza que tenían en la mano y pitando más de una vez el cigarrillo que tenían en la

otra.

El Cordobés saludó a un amigo:

- ¿Qué haaacés Felpo?

Este risueño amigo lo apretó al Cordobés en un cálido abrazo pero no pronunció palabra, sólo se puso a bailar en medio de la multitud.

Otro amigo del Cordobés se acercó a saludarlo, le decían el Pelado o Pela, efectivamente por la falta de cabello y por el brillo inigualable de una cabeza calva.

El Pela saludó a su amigo y a los amigos de su amigo, es decir, a los que acompañaban al Cordobés. Catalino, Gastasuelas y Chifle tomaban cerveza y miraban revoleando los ojos hacia todos lados; con un instinto musical muy lejano dentro su ser seguían el compás de la música que sonaba dentro del bar, aunque eso todavía no llegaba ni a parecerse a un baile si quiera.

La música fue virando del rock nacional a la cumbia. Felpo bailaba sin vergüenza entre la gente dando vueltas en su propio eje como un planeta desorbitado. Catalino, junto a la barra y junto a sus inseparables amigos, comenzó a sentir la música en sus pies que seguían el ritmo. Gastasuelas sentía un cosquilleo por todo el cuerpo y comenzó a mover los brazos, chasqueando sus dedos. Chifle saltaba en su propio sitio como un boxeador saltando la soga en un entrenamiento. Pronto la música estalló y los tímidos bailes de estos amigos se transformaron en excitados y efusivos movimientos y saltos. Catalino se subió a una silla y continuó su baile sobresaliendo medio cuerpo por sobre el de los demás.

Gastasuelas, para no ser menos, se subió a una mesa y, tirando vasos y botellas, desplegó su coreografía improvisada sobre el tablón. Los demás lo miraban y festejaban desde abajo, pero a los empleados del lugar no les gustó nada tal espectáculo, procediendo a llamar a los patovicas para que se encargaran de los desenfrenados.

Los patovicas procedieron de la manera habitual para sacar a los escandalosos –aunque ellos no estuvieran molestando a nadie- y, tomándolos a cada uno del cuello de sus piyamas, los tiraron hacia la calle como piezas de *Tejo*.

Los expulsados insistieron un rato del lado de afuera de la puerta para que los dejaran volver a entrar, prometían no bailar más, sólo escucharían la música y tomarían unos tragos. Pero no hubo caso; uno de los patovicas les respondió frunciendo el ceño y siendo determinante con la mirada.

Los expulsados, ahora resignados, decidieron irse a probar suerte a algún otro bar.

17

Había llovido y tanto en la calle como en la vereda había charcos. En uno de esos discos de agua, el cielo, ahora estrellado, parecía un oscuro colador.

Caminaron sin rumbo durante mucho tiempo, hasta que la poca orientación que le quedaba al Pela hizo que señalara un nuevo bar. Bajo la oscuridad de los árboles de las calles –una de ida y la otra de vuelta con una rambla al medio- se encontraba el bar "El Quique", atendido por su dueño al que lo apodaban así.

Era un bar bastante chico, con alguna que otra mesa de pool, algunas mesas y sillas, una cantidad impresionante de botellas del año del Ñaupa, latas de cervezas y gaseosas antiguas, animales embalsamados, banderines de clubes locales y desconocidos, entre otras chatarrerías. En el patio, que era más grande que el bar, hombres risueños se sentaban alrededor de

una mesa rectangular de cemento con pedacitos de azulejos incrustados y exprimían botellas tras botella.

Cuando entraron, los cinco amigos enfilaron directamente para el patio, ya que el interior del bar estaba repleto. Afuera encontraron a varios jocosos que habían empezado la bebedera mucho tiempo antes que ellos y ya jugaban de locales. Un foquito enceguecedor alumbraba desde el tinglado aquella fiesta dionisíaca.

En la cabecera de la mesa de cemento se apoltronaba un hombre peludo con la camisa abierta hasta el ombligo, apoyándose en un guitarra vieja que daba escalofríos de desafinada que estaba. Más allá de eso, ese músico y el coro que lo acompañaba cantaban su popurrí sin ningún tipo de complejo.

Al pasar al patio, como empujados desde adentro, los cinco recién llegados se vieron como desnudos ante las miradas de los cantores que detuvieron su canto súbitamente.

Ambos grupos se miraron extrañamente, pero en seguida los cantores los invitaron a sentarse junto a ellos a beber y a cantar.

Por sus bocas pasaron canciones del folclore nacional, tangos y canciones populares de rock. *"Y yo estoy aquíííííí, borracho y loco…"*Cantando y

bebiendo, bebiendo y cantando, pasaron la botella de cerveza de

mano en mano, llenando algún que otro vaso, rasgan-

do la guitarra vieja y quejosa; llenando algún que otro huequito del alma, del pecho.

Las carcajadas copaban el lugar, el bar era una sola alegría. Los que entraban, los nuevos, se incorporaban a esa fiesta dionisíaca, bajo el resplandor de ese foquito enceguecedor.

El tiempo no parecía haber transcurrido, pero entre risas, música y bebida las horas volaban como golondrinas.

Horas, guitarra, risas, alcohol, brindis, tropiezos, abrazos, miradas nubladas.

Así estuvieron hasta que el rumor llegó hasta la mesa del patio: debían irse, el Quique estaba cerrando.

18

La calle húmeda dejaba las huellas marcadas de los caminantes que se dirigían hacia la casa del Pela. Éste había invitado a sus amigos a seguir la fiesta allí.

Al llegar supieron que el Pela vivía en una piecita de una pensión. Abrió una puerta alta de hierro, traspasaron un pequeño jardín, otra puerta con un gran ventanal en la parte superior daba a un pasillo largo con otras puertas en los costados en las que vivían otros inquilinos y en las que se veían sombras (más allá de que eran alrededor de las cinco de la madrugada), y por último la puerta de la habitación donde vivía el Pela estaba al final del pasillo.

La pieza era pequeña, con una cama de una plaza a un lado de la pared, una mesita de luz con un velador, un placar, un escritorio con un equipo de música que servía de perchero, un silloncito de cuerina marrón ubicado en un rincón y un colchón enrollado con un cable detrás de la cama

Catalino, Gastasuelas, Chifle, el Cordobés y el Pela entraron apretujados en la habitación, pero pudieron acomodarse de tal manera que el Pela y Gastasuelas se sentaron en la cama, Catalino en el sillón, el Cordobés lo hizo sobre un almohadón en el piso, y Chifle quiso quedarse parado.A la luz del velador, comenzaron a mirarse sin decir palabra, tal vez esperando que el Pela diera el primer movimiento hacia el placard donde seguramente tuviera guardadas las botellas de alcohol, o tal vez fuera hasta la cocina y trajera, de la heladera que compartían todos los de la

pensión, unas cervezas frías.

Pero el Pela en realidad no tenía más que media botella de “Mariposa” guardada en la mesita de luz y en una o dos rondas quedó seca como manos de albañil.

Se miraron un rato decepcionados, un aire de incomodidad giró en la pieza, pero Gastasuelas rompió el silencio:

- Voy a poné música.

- Sacá esa ropa de ahí, debajo está la radio –dijo el Pela cordialmente.

Gastasuelas se acercó, corrió la ropa tirándola en el suelo, movió una perilla y la música comenzó a llenar la habitación. Al principio no supieron con exactitud qué grupo o cantante era, pero luego muchas sonrisas

fueron iluminadas por el velador. La canción que transmitía la radio en ese momento era “Alma de diamante” del“Flaco” Spinetta. Si bien muchos no sabían con exactitud el nombre de la canción, se alegraban de escuchar aquella voz y esa música tan particular y hermosa. El Cordobés reconoció la melodía rápidamente y siguió la letra en voz baja mientras los demás charlaban.

Ven a mí

con tu dulce luz

alma de diamante

Catalino dijo algo sobre la inmortalidad del ser al quedar plasmado en una canción:

- Al escribir canciones, el tipo sigue viviendo en cada uno de nosotros que pronunciamos cada sonido, cada palabra de la letra.

y aunque este sol

se nuble después

sos alma de diamante

cielo o piel

silencio o verdad

sos alma de diamante

por eso ven así

con la humanidad

alma de diamante

Aunque tu corazón recircule

siga de paso o venga

pretenda volar con las manos

sueñe despierto o duerma...

...o beba el elixir

de la eternidad

sos alma de un diamante, alma de un diamante

bien aquí o en el más allá

sos alma de diamante

y aunque este mismo sol se nuble después

sos alma de diamante

alma de diamante

alma de diamante

alma de diamante

eso es lo que sos, nena.

- La meeejor forma de homenaaajearlo es caaantando humildemente la caaanción, es el meejor premio que puede teeener un artista como éél "Flaco" –dijo el Cordobés.

Gastasuelas movió levemente la perilla de la radio y se detuvo al descubrir una nueva canción, ajustó el dial y "Thriller" de Mickel Jackson sonó en "La trasnoche de los clásicos". Dejó de lado la radio y dando una palmada al aire comenzó a bailar en medio de la habitación. Sus brazos parecían dos serpientes y sus piernas se abrían y se cerraban como una gran tijera. Movía la cintura como si tuviera un Ula-ula invisible alrededor

y miraba al techo mientras los demás aplaudían, se reían y le gritaban todo tipo de frases festivas.

Un golpe fuerte en la pared se escuchó, eso quería decir que alguien intentaba dormir. Los muchachos bajaron la música, aunque Gastasuelas seguía bailando sin darse cuenta de ese detalle, como si la música la escuchara desde su interior. El Pela fingiendo un bostezo barato dijo: "qué sueño…" Los demás no entendieron la indirecta y siguieron riendo. El Pela insistió, pero esta vez fue más directo: "Me voy a dormir, acomódensen en el suelo", les señaló el colchón enrollado que estaba allí, para que lo tendieran en el piso y les tiró una frazada para que alguno pudiera acostarse allí.

19

El Pela se acostó en su cama. En el suelo, el Cordobés extendió el colchón con la frazada que su anfitrión le había dado, Gastasuelas se recostó de espaldas junto a él, Catalino se estiró sobre el sillón en el que estaba sentado y Chifle decidió salir a caminar.

El sillón estaba algo incómodo para Catalino y comenzó a moverse debido a su molesta postura. El Pela apagó la luz del velador, pero el ventanal de la puerta dejaba filtrar la suma de varias luces lejanas de la ciudad. Llegaba hasta allí como una resaca de luces, un amontonamiento, una mezcla de matices que en pocos minutos dejaron ver claramente la habitación a oscuras.

Catalino seguía incómodo, daba vueltas y se sacudía como pez fuera del agua. Luego de lo que vivió quedó exhausto. Esther estaba sentada en los pies de la cama del Pela. Ella le sonrió, Catalino le tocó la mejilla, la acarició lentamente.

- Perdoname –dijo Esther.

- ¿Por qué debo perdonarte? – preguntó Catalino.

- Te hice mucho mal –contestó Esther.

- Esthercita… –exclamó tristemente el hombre.

Los demás dormían y roncaban como trombones desafinados.

- Esthercita… -decía Catalino, mientras sus dedos rozaban su mejilla dorada. Los ojos azules de la mujer brillaban en la oscuridad como medusas bajo el mar.

- Perdoname –repetía sin cesar Esther.

- Está bien, te perdono –dijo Catalino mirando el suelo, sin comprender del todo por qué debía hacerlo. Le tomó la mano, se la acarició lentamente, sus dedos frotaban la palma de esa mano algo rústica, gastada por el tiempo, por la vida y por la muerte. Y hablando de eso, Catalino acariciaba esa mano cuando el Pela se despertó muerto de risa, a carcajadas se despertó. Es que Catalino, en una realidad, le había estado acariciando la mano a Esther, que estaba sentada a los pies de la cama del Pela, pero en otra realidad le estaba haciendo cosquillas en un pie al Pela. Lentamente Catalino se recostó contra el espaldar del sillón y se durmió. El Pela miró en varias direcciones pero no encontró al culpable de su risa, luego apoyó su cabeza en la almohada y cuando volvió a despertarse ya era de día.

20

Gastasuelas mira fijamente el techo, se acaba de despertar y piensa: "Esa veta de la madera de machimbre se parece a un gorrión, ¿estarán los gorriones ajuera ya? Cuando se despiertan ¿qué desayunan? ¿desayunaránlibertá? ¿Qué es la libertá? ¿Quiénes tienen libertá? ¿Lo animale o lo humano? ¿Los vivo o los muerto? No sé, es difícil saber. La gente anda tan rápido de un lugar a otro, pero lo animale viven la vida que le tocó y a su rimo, sin molestar a nadie. El gorrión es más libre quel humano. Me parece que, como el humano no puede ser libre, le corta la libertá a otroanimale. Los caza, lo mata, se mata entre sí, se inventa trabajos, pasatiempo, descubrimiento, cosa pa' ser libre, pero despué de todo, sigue siendo un pobre nudo en esta gran red. Tal ve la naturaleza del hombre sea estar enredado a los otro y a las cosa. Ya voy. Las cosa como el trabajo, la oficina, la casa, la fami…ya voy, dije. Me estoy levantando, che."

Ahora está parado sobre el colchón, enredado en las sábanas, él, que hablaba de enredos. Los demás le piden que se levante, juntando todo lo que han desplegado en el suelo para que pasaran la noche en aquella pequeña pieza de pensión. El Pela, al mando de la operación, les pide que salgan afuera de la habitación porque ordenar con todos allí amontonados no es buena idea.

Ya están todos listos para irse, deben buscar asilo en otro lado; el Pela un poco más sobrio ahora se da cuenta de que es una locura seguir hospedando a esta manga de locos. Les pide cordialmente que se vayan y les cierra la puerta en la cara. Catalino, Gastasuelas, Chifle y el Cordobés se miran desorientados. La calle los espera y la mañana, y la náusea de tener el estómago vacío debido a una noche de alcohol y sin desayuno.

Cruzan el pasillo hacia la vereda, pero antes de salir, escuchan que alguien toca la guitarra y canta en una de las habitaciones. Se detienen y

apoyan sus orejas junto a la puerta con ventanales de vidrio, no se ve hacia adentro porque las cortinas no lo permiten, pero lo que suena es una canción folclórica. Golpean la puerta. La guitarra se detiene de golpe como si la hubiesen puesto en pausa. Los pasos llegan hasta el otro lado de la puerta que ahora tiene una sombra sobre la cortina. Se abre, un muchacho algo gordo y con barba los atiende.

- ¿Podemos escuchar lo que tocaba recién? –pregunta Catalino, sin saludar siquiera.

- Sí, pasen, siéntense, seguramente conocen esta zamba, se llama "Zamba y acuarela" de Raly Barrionuevo y dice así:

Con tu pollera que vuela,

bailo esta zamba sin prisa,

tus movimientos me llevan

como un cometa en la brisa,

tus movimientos me llevan

como un cometa en la brisa.

Ya me estoy acomodando

en este instante del tiempo,

tus pies dan vueltas y vueltas,

tus labios los besa el viento,

tus pies dan vueltas y vueltas,

tus labios los besa el viento.

Esta zamba hecha miel

se hace una hoguera en la distancia,

quiero hacerte el amor en las mañanas de Santiago,

pintar con tu acuarela mis ocasos,

quiero hacerte el amor en las mañanas de Santiago,

amanecerme zamba entre tus brazos.

Y no resisto acercarme

hacia tu cuerpo que huele

a una florcita del pago

que entre los montes florece,

a una florcita del pago

que entre los montes florece.

Sigue girando la zamba,

sigo asentado en tu pecho,

te enredo con mi pañuelo,

me enredas con tu silencio,

te enredo con mi pañuelo,

me enredas con tu silencio.

Esta zamba hecha miel…

Los muchachos aplauden, lo halagan y se retiran.

Al salir de esa habitación, ven otra sombra en la cortina de la puerta de enfrente, alguien parado pinta verticalmente sobre un caballete. Golpean esa puerta, los atiende un hombre de unos cincuenta años que viste un mameluco todo salpicado de pintura.

- ¿Podemos pasar? –pregunta Catalino, sin saludar siquiera.

- Sí, pasen, observen, seguramente han escuchado hablar del "Realismo mágico" en la pintura. El cuadro deja ver un fondo bordó en el que se destaca la figura de una mujer blanca de pelo largo renegrido, con siete palomas blancas saliendo de su boca.

- Sí, hemos escuchado mucho sobre este movimiento –miente Catalino.

- Así es –miente Gastasuelas.

- Así es –redunda Chifle.

Felicitan al pintor y autor de esta gran pintura y salen de la habitación, cruzan el pasillo hacia la calle, pasan por el jardín, cierran la verja y se van.

En la esquina hay un kiosco-revistería, pasan por allí y el Cordobés observa que, bajo un tinglado al aire libre, los titulares del diario local reproducen la foto de dos hombres que se han escapado del manicomio. Son, nada más ni nada menos, que Catalino y Gastasuelas.

"Peligrosos enfermos psiquiátricos escapan del hospicio." Así dice el titular de la primera plana. Los demás le preguntan al Cordobés por qué se ha detenido. Él continúa sin hacer referencia a lo que acaba de ver. Nadie más que él lo ha visto.

Cruzan la ciudad, la resolana entre un árbol y otro marca el camino como grandes lagunas amarillas. Las baldosas encandilan, no falta mucho para el mediodía.

- Vengan, vamos a desayuuunar –dice el Cordobés y enfila haciaun café ubicado debajo de un hotel.

- No podemos permitir que vuelvas a pagar todo vos–dice Catalino con gran sensatez.

- No, no podemo –repite Gastasuelas por obligación.

- No se preooocupen, muuuchachos. Ya veremos cómo aaarreglamosdeeespués –tranquiliza el Cordobés.

Gastasuelas traga saliva; no tienen un mango partido al medio si les toca pagar a ellos.

El mozo se acerca, el Cordobés pide tres cafés con medialunas. Gastasuelas lo corrige, dice que son cuatro, que no se olvide de Chifle.

Durante la espera se miran sin pronunciar palabras. Observan el lugar, alguna que otra manchita de humedad en el techo, miran el suelo, las paredes, la máquina de hacer café, los pocillos, las cucharitas y su tintineo, la luz del ventanal que se cuela, los medios cuerpos de los transeúntes que pasan por la vereda y se ven por la ventana como fotos carné en movimiento.

El mozo llega, reparte tres cafés y deja el cuarto en un lugar vacío, piensa que tal vez están esperando a alguien que está por llegar, que no tardará demasiado porque se le enfriará, aunque mientras lo paguen no le importa, es problema del otro si se le enfría. Se retira levantando sus

hombros como marioneta, no es su culpa si el otro llega y el café está frío, más vale que no le digan nada, porque si no ya van a ver…Aunque lo que el mozo no sabe es que el otro no está por llegar, sino que está ahí sentado junto a los demás, que sí lo ven, que sí lo escuchan y hablan con él, porque Chifle podrá ser imaginación de los otros, pero que existe, de eso no hay dudas.

Gastasuelas, con impactante ruido, bebe el último sorbo de café que les queda y se mete un alfajorcito en la boca como si fuera una hostia. El café de Chifle está intacto, ya que argumenta que no es una persona que suela desayunar. Catalino llama al Cordobés en voz alta, como para que escuche el mozo, y lo invita a hablar a solas en la vereda sobre un tema personal. El Cordobés no comprende. Cuando Gastasuelas ve que los otros dos están hablando en la vereda, se desliza lentamente por su silla, vigilando al mozo que se ha distraído y sale hacia la calle. Cuando los tres hombres se han reunido afuera, salen corriendo. Chifle los alcanza rápidamente. El mozo llega hasta la puerta y, entre injurias, agita su rejilla húmeda como un bailarín de chacarera.

21

El Cordobés continuaba ocultando a sus amigos el secreto de la persecución por parte de la autoridad, pero debía hacer algo urgente si no quería quefueran capturados y torturados en el manicomio.

Por eso, decidió volver al comedor de Tita para resguardarlos allí. Caminaron y caminaron, el sol pelaba ya sus caras deshidratadas, el verano estallaba e n todo su esplendor. Catalino y Gastasuelas no entendían por qué debían volver al comedor si eran libres y podían vagar por la ciudad o irse de viaje a algún otro lugar, aunque no tuvieran dinero y fuera el Cordobés quien los salvara de eso, en ese caso.

Caminando hacia el comedor iban, cuando apareció una ambulancia extraña que no alcanzaron a reconocer y frenó ante ellos en una esquina. De ese vehículo se bajaron cuatro enfermeros, que parecían bomberos por su tamaño, y atraparon a los tres amigos, obligándolos a subir, entre golpes y patadas. Chifle fue un triste testigo del hecho. Quedó solo en medio de la esquina. Si Chifle hubiese podido gritar o pedir ayuda, pero su garganta quedó afónica debido al disgusto. ¿Volverá a ver a sus amigos?

22

Las copas de los árboles pasaban rápidamente por el recorte de la ventanilla de la ambulancia. Los cuatro enfermeros miraban con odio, parados con las nucas apoyadas en el techo del vehículo. Los tres amigos, sentados sobre la camilla, esquivaban esas miradas, y se observaban unos a otros, o se detenían en los árboles que trotaban del otro lado del vidrio. Las palabras no existían, no eran necesarias, se habían vuelto inútiles,

como cuando el destino es uno solo y no tiene solución. En este caso, el silencio podía ser su mejor escudo, o su perdición, cuando los matones (los Cápsulos) les pidieran que hablaran.

Llegaron al manicomio. Entraron por la puerta trasera. Cada uno, con las muñecas atadas, bajó de la ambulancia. Era la una del mediodía. En silencio fueron ingresados al edificio y se cerraron las puertas tras ellos, con un ruido de trueno.

23

Tal vez eraa un sótano. Todo era coonfuso. Tal vez fue uun sueño, o una alucinaación. La habitaación oscura en la que estábamos no podía ser otraa cosa que uun sótano. Un ventiluz nos alumbraba loos pies. Miré a Cataalino, pero no vi suu cara, buscaba suus ojos, porque saabía que en ellos encontraríaa miedo y quería tranquiliizarlo, aunque yo también sentíaloo mismo. A Gastaasuelas no lo vi hasta que no paasó amarrado junto a noosotros, dirigido por un gran enfeermero.

- Así que vos sos el Cordobés…-me dijo un vieejitoque era pareecido a Einstein pero sin biigotes y sin los pelos paarados.

- ¿y usted quiéén es? –le pregunté.

- Menos pregunta Dios…

- …y peerdona…-completé y luego agreegué, señalando a mis aamigos: ¿usted perdonaará a estos hombres?

- Acá a las preguntas las hago yo –impuso de malhuumor.

No volví aa hablar. Me enceerraron en un cuarto húmedo y descascaarado, no ‘bía muebles, ni ventanas, sólo tierra y oscuriidad. Desde allí pudee escuchar los gritos de Cataalino y de Gastaasuelas, debido a los electrooshocks; castigo que les impoonían por haberse fuugado del hoospicio.

Luego de un bueen rato, los gritos ya no se ooyeron y escuuché pasos que se aceercaban a la puerta de mii cuarto, abrió laa sombra de un gran enfeermero y caminó haciaa mí, me agaarró de la nuca, tirando de la reemera como si fuera unaa bolsa de naaranjas y me arraastró por un paasillo largo y oscuro. Llegamos hasta la que suupongo que era la coocina y ahí me seentó frente a unaa mesa gaastada que usaarían para cociinar. Se fue y apareeció el direector, me dio una cacheetada y me dijo que nuncaa más me volviera a lleevar a sus eenfermos y que no le meetiera ideas locas o ideas sociaalistas en la caabeza. Yo le dije quee yo no los ‘bíasacao del hospiital, ellos solos buscaban la libeertad, que ellos no eran eenfermos, y mucho menos que eraan suyos, que más enfermo

estabaa él, que yo no ‘bía hablaado nunca de política coon ellos, pero que la poolítica no era necesaria haablarla cuando exiistían hechos. Señor juez, ¿usted mee cree? Yo sé que usted mee cree. Sea humano. Créame y saque a esos hombres dee allí, el director los vuelve más locos aaún, aunque, de todas formas creo que deben sooltar a aquellos quee no hacen ningún mal y quee siguen ahí enceerrados. Ellos no hacen ningún mal y sería bueno que lees den la posibiliidad de vivir como cuaalquier otra persona. El sentido de laa vida no es paraa qué vivimos, sinoo cómo vivimos.

En estee último tiempo he conseeguidotraabajoen eel campo y nos iiremos los tres a trabaajar allí. Sea huumano, señor juez, acepte esta apelaación.

24

Nada parece demasiado caro y ningún esfuerzo excesivo cuando se trata de desembarazarse de un loco, ya que es difícil encontrar algo en este mundo que genere más incomodidad.

Juan José Saer

Las nubes

El juez escuchó detenidamente la declaración del Cordobés. La sala estaba vacía, sólo se encontraban estos dos hombres y una abogada que defendía a los querellantes. Un silencio cadavérico se apoderó del lugar luego de las palabras con ecos del muchacho. Después, se escuchó un trueno que hizo vibrar los vidrios de las ventanas y la lluvia que comenzó a caer como echada con regadera. La sala se oscureció, una gotera comenzó a filtrarse por el cielorraso y las gotas gotearon enfiladas dentro de la copa de agua del juez.

La abogada revisó papeles dentro de su portafolio, pero en realidad fue un ademán para hacer tiempo y esperar la respuesta del catedrático:

- Será evaluado en un juicio. Hasta la semana que viene.

25

La gente comenzó a aglutinarse frente a la puerta del manicomio. Las banderas habían sido improvisadas a último momento, por eso sería que las letras de algunas palabras tenían la pintura chorreada. Algunas de estas banderas decían “LIBEREN A CATALINO Y A GUSTAVO” o “PACIENTES MALTRATADOS”, etc. Allí estaba el Cordobés, liderando la marcha; y también Tita, el Pela, Chifle, y unos cuantos vecinos, que en

verdad eran más curiosos que manifestantes.

El director se asomó a la ventana del primer piso, donde se encontraba su despacho. Desde allí vio cómo los manifestantes se aferraban al portón del hospital y los enfermeros trataban de impedirlo. Pronto, pidió a uno de los enfermeros que "tomara cartas en el asunto". Entonces, este hombrecito llamó por teléfono a la policía de la ciudad para que "corrigiera" esa situación. Y la policía, como no sabe hacer otra cosa en esos momentos de tensión, se acercó lentamente y comenzó a reprimir a los allí presentes. Tita recibió un machetazo en la cabeza y debió ser retirada urgentemente para ser hospitalizada lejos de allí. El Pela fue pateado en el trasero hasta dormírsele los glúteos. Pero quien recibió más escarmiento, ya que fue macheteado hasta dejar vastas manchas de sangre sobre el pavimento, fue el Cordobés, fiel a sus amigos que estaban dentro del hospicio sin molestar a nadie y a los que ellos querían que dejaran en libertad para trabajar y ser felices.

Pero allí adentro las cosas no iban muy bien tampoco. Cuando el director vio tanto alboroto en la puerta de su edificio fue a buscar a los dos dementes con la intención de encerrarlos en el sótano para castigarlos, como si la culpa fuera de ellos.

Cada uno había sido ubicado en una habitación diferente para que no pensaran estrategias de cómo escapar. Pero al entrar a la habitación donde se encontraba Catalino, se encontró con una imagen desgarradora. Primero vio la sangre desparramada sobre el suelo, roja como claveles mojados, después las muñecas de Catalino cortadas de forma perpendicular a los brazos, como bocas sin dientes que se abrían en ellos. Una fina varilla de metal del marco de la ventana había servido como cortante. Llamó urgente a un enfermero y fue asistido impetuosamente por varios que se precipitaron sobre ese cuerpo pálido que aún respiraba, pero que no lo haría por mucho tiempo si no actuaban rápidamente.

26

Mientras tanto, Gastasuelas se hundía en la depresión de una cama húmeda, enceguecíendo sus ojos con la luz de la ventana. Nada sabía sobre lo que le sucedía a Catalino, que gota a gota dejaba su vida sobre el suelo de la habitación contigua (aunque luego fue llevado a la sala de atenciones médicas del edificio y atendido, más allá de las injurias y maldiciones que echaba por los aires el inepto director.)

Escuchó ruidos y gritos provenientes de la otra habitación, sabía que su amigo se encontraba ahí.

- ¿Qué hacen? ¿Qué le hacen a Catalino? Dejenlón, che.

Los golpes en la pared que daba mientras decía esto no servían para nada. No era tomado en cuenta. Todos estaban muy ocupados con el moribundo. Gastasuelas comenzó a gritar más fuerte y a patear la puerta. Un enfermero se paró del otro lado y le ordenó que se tranquilizara, que no lo forzara a tener que ir a buscar la "máquina de hacer cosquillas".

Gastasuelas detuvo sus golpes y comenzó a gesticular todo tipo de planes mezclados con insultos improvisados y sin sentido en el que involucraba a una vaca y una lora.

Sabía que algo malo le estaba pasando a Catalino, su instinto lo llevó a pensar que tal vez, como ambos habían sido separados y él, Gastasuelas, no estaba allí para cuidarlo del mal momento que estaban pasando, como se lo había prometido a sí mismo, Catalino tomara la triste decisión de terminar con su vida. Más que instinto parecía mantener con su amigo una conexión de telepatía, o tal vez lo conocía tanto que podía saber qué sentía o pensaba el otro, aunque estuviera del otro lado de la pared sin ver sus gestos, miradas o movimientos.

Luego de curarle las heridas, Catalino fue depositado nuevamente en una cama, pero esta vez en una habitación frente a la de Gastasuelas, ya que la que estaba anteriormente debía ser fregada para limpiarla de la sangre derramada. Lo habían dopado para que durmiera unas horas y no se fuera a sacar las vendas o intentara suicidarse nuevamente. Gastasuelas lo supo, aunque no lo podía ver y no le habían venido a decir nada, lo supo, de alguna manera se lo imaginaba, fue una de las pocas veces en las que había practicado la lógica pura. Su amigo seguramente había tomado la peor decisión porque quería ser libre.

27

Después de haber sido golpeados bestialmente, los manifestantes que se habían unido para defender a Catalino, Gastasuelas y a otros pacientes, se fueron desbandando. Una que otra piedra voló por los aires, sin llegar a hacer daño. Los policías armaron un escudo humano frente al portón del hospital, como una gran oruga negra, y esperaron hasta que no quedó nadie en aquella vereda.

La gente se iba triste y enojada. El Cordobés no se daría por vencido, aún quedaba el juicio, había que esperar. Quedaba una mínima esperanza en la justicia, que pudieran escuchar sus prerrogativas. Algunos caminaban junto a él por el medio de la calle guardando las banderas, porque aquella lucha era suya, pero se sentían impotentes. Lentamente se fueron arrimando hacia la vereda, y ya caminando sobre ésta, iban pensativos.

Pensamiento del Cordobés: *¿Cómo estaarán Catalino y Gastaasuelas? ¿Cómo los estaará tratando ese maalditodireector? Siempre salen aairosos estos tipos, siempre tienen la poliicía de suu lado, siempree escapan, se*

creen dueños de la veerdad y de la vida de los deemás, pero tengo que espeerar, tengo espee-

ranzas de que eel juez me va a dar la raazón, que nos va a permiitir irnos a trabaajar lejos de esta ciuudad, de estaa selva, ya veeremos, ya veeremos, hay que espeerar. El juez parecee bueno, aunque a veces con seer bueno no aalcanza, y bueno, hay que espeerar. Qué caalor que hace. Me tomaaría un helado de fruutilla al agua y chocoolate con aalmendras, peroo no, debo conceentrarme y poner todas mis eneergías en saacar a Catalino y a Gastaasuelas de ese luugar, porque ahí se enfermaan más, se vuelven máás locos, y si bien ellos estaráán locos, son unos locoos lindos, son buenos ellos, no le hacen mal aa nadie y el juez va a saber enteender, si acá afuera hay máás locos y locos que reaalmente son un peeligro, que un día se lees cruza que quieren maatar a alguien o vioolar o caagarse en los otros y van y loo hacen, sin ningún remordiimiento, qué séé yo, son un peeligro, son capaz de cualquieer cosa. Esa heladería estáá abierta. Qué bien me vendría un heelado ahora, con este caalor que hace.

- Sí, uno de nuevee pesos, de fruutilla al agua y chocoolate con aalmendras.

28

El juez se sentó en su sillón de alto respaldar y esperó a que se apagara el bullicio que se escuchaba en la sala. Una jueza lo acompañaba a su lado. La abogada había distribuido sobre el estrado varios papeles que formaban parte de la causa, donde muchos detallaban denuncias contra malos tratos por parte del director del hospicio. Algunos familiares de los pacientes se habían sumado a la petición para que se los entregaran y pudieran reubicarlos en otro hospicio, pero como el hospital era también un negocio, el director se había negado, excusándose más de una vez con ciertos contratos de se debían cumplir.

Esta vez había asistido el director con su abogado y, a la derecha del Cordobés, esperaba que le cedieran la palabra para defenderse.

En primer lugar, el juez le dio la palabra al director y éste negó las acusaciones por parte de familiares y/o amigos de los pacientes. Su abogado desestimó el accionar del Cordobés, ya que no era familiar directo de los pacientes Monsiuri y Pedrini, más conocidos como Catalino y Gastasuelas, y por lo tanto no podía realizar ningún reclamo.

Cuando le tocó el turno, la abogada del Cordobés explicó que, si bien su cliente no era familiar directo, llevaba a cabo la petición en carácter de amigo, explicó que la amistad y el amor es la base de las relaciones en una sociedad, que tenía pruebas de los maltratos que sufrían los pacientes, y sacó de un sobre fotos con marcas de electroshock, moretones y golpes de enfermos del hospital que administraba y dirigía

dicho director. Esas fotos habían sido sacadas de manera clandestina por uno de los familiares que lo había descubierto. Además leyó denuncias que nunca habían salido a la luz, pero que los familiares habían hecho.

Por su parte, el juez tomó las pruebas, las observó y pidió un receso para discutirlo con la jueza. Luego se marcharon por una puerta lateral que tenían a sus espaldas del lado izquierdo.

Durante ese lapsus de tiempo, las miradas y el silencio fueron los protagonistas de esa pausa, miradas que iban del director al Cordobés y viceversa, del abogado a la abogada, de los familiares al director, de un búho que se había parado al borde del ventanal al director, del Cordobés al búho. Así transcurrieron veinte minutos, veinte infinitos minutos.

Reaparecieron el juez y la jueza, cerrando tras de sí la puerta que vaya a saber dónde daba y qué había del otro lado. Se sentaron en sus respectivos lugares. El juez tomó un montón de papeles, los golpeó verticalmente sobre el estrado dos o tres veces para emparejarlos y se acomodó para leer.

Fueron muchas las palabras que dijo en su devolución, pero seguramente el lector querrá saber lo principal, querrá saber que consideró las pruebas que complicaban al director, querrá saber que, según el artículo tres de la Declaración de los Derechos Humanos *"Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona",* según el artículo cinco de esta misma declaración *"Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes"*, por lo tanto tal director, que había ido hasta allí creyendo que gozaba de total impunidad, creyendo que nunca se sospecharía de él, quedaba arrestado y debía cumplir una condena de tres años de prisión. Por otro lado, le permitía darle la oportunidad al señor Adrián Polavsky (el Cordobés), y a los señores Monsiuri y Pedrini de establecerse en el campo para trabajar, considerando que la distancia con la ciudad, el aire puro y la tranquilidad podrían ayudar a mejorar la salud de los dos pacientes anteriormente citados. Además del permiso correspondiente para trasladar a pacientes a otros hospitales.

La felicidad que sintió en ese momento el Cordobés es difícil de explicar con palabras, se podría decir que se acercaba a lo que siente un bebé cuando su madre lo mira, como se siente un pájaro en su vuelo libre

como un perro moviendo la cola

como una niña con muñeca nueva

como un cangrejo esperando su ola

o cuando Ulises engañó a Polifemo en su cueva.

29

Catalino se despertó, sus ojos tardaron en hacer foco y ver el techo de la habitación. Se tocó la cabeza, sentía que se le partía al medio. Las vendas le rozaron la frente, se miró las muñecas confundido, dejó caer los brazos junto a su cadera, estaba exhausto, su cuerpo parecía hundírsele sobre el colchón de la cama. Logró incorporase y sentarse junto al espaldar. Aún tragaba tristeza cuando tragaba, aún podía saborear el sinsentido de la vida, y el para qué lo habían salvado, si es que a lo que habían hecho los enfermeros se lo podía llamar "salvación" y no perdición. Pero lo que él no sabía era que en ese mismo momento las cosas cambiarían para siempre, en ese momento el Cordobés estaba frente al juez, colaborando para que sus vidas comenzaran a cobrar sentido.

Tampoco sabía nada sobre Gastasuelas, que se encontraba en la habitación de enfrente, que no dejaba de preocuparse por él.

Gastasuelas se había dormido, pero cuando se despertó, se levantó de su cama, se acercó a la puerta y estaba a punto de golpear y pegar un fuerte grito para que lo liberaran, cuando escuchó pasos del otro lado y vio sombras en el umbral.

- ¿Quién anda? Sacámecápsulo, por favor –dijo resignado.

Los pasos se detuvieron, una llave entró difícilmente dentro del cerrojo, el picaporte giró lentamente y la puerta se abrió.

- ¡Sandro! –gritó Gastasuelas- ¿dónde estaba?

- Venía caminando, porque voy a ensayar con la banda, con Los de Fuego y escuché que alguien hablaba.

- ¿Cómo conseguite las llave?

La respuesta no fue necesaria, al fondo del pasillo Gastasuelas pudo observar un enfermero tirado en el piso, al que le chorreaba un hilito de sangre de la nariz y se encontraba algo confundido.

Catalino escuchó las voces y las reconoció al instante.

- Sáquenme de aquí –dijo mientras golpeaba la puerta.

- E' Catalino –se sobresaltó Gastasuelas- Abríle, Sandro, abríle.

Sandro comenzó a probar las llaves del manojo y, al probar la última, la puerta se abrió. Catalino, Gastasuelas y Sandro se abrazaron en el pasillo

y saltaron de alegría.

Decidieron irse rápidamente, pero escucharon pasos provenientes de un extremo del pasillo, así que caminaron casi corriendo hacia el otro lado.

Los pasos eran de un enfermero que, al llegar y ver que las puertas estaban abiertas y que los dementes no estaban en sus habitaciones, decidió correr en busca de los demás enfermeros y del director. No sabía que el director había salido y se encontraba en el juicio. Así que sólo llegó a contarles a tres enfermeros lo que había sucedido.

A toda velocidad, Catalino, Gastasuelas y Sandro se escondieron, pero fueron encontrados los tres juntos dentro de un armario. Ya no podían escapar. Los ojos de los enfermeros parecían desorbitados y creían que serían asfixiados con sus grandes manos, pero otro enfermero llegó y les contó lo que había pasado con el director y con los locos que tenían enfrente.

Catalino y Gastasuelas no entendían, y no lo entendieron hasta que el Cordobés no se los contó personalmente al día siguiente, cuando pidió pasar y los empleados del hospital no tuvieron otra opción.

- Mañana mismo nos vienen a buscar y nos vamos a trabajar al campo.

Se rieron y se abrazaron los tres.

30

Catalino y Gastasuelas hacían sus bolsos cuando el Cordobés apareció bajo el marco de la puerta abierta. Los saludó, los ayudó a guardar las últimas prendas y los acompañó hasta la puerta de salida. Sandro llegó corriendo, los abrazó a los tres y se quedó entablando una canción, levantando las manos y moviéndolas de adelante hacia atrás cantaba *dame fuegoo, dame, dame fuegooo…*

Los enfermeros miraban consternados, envidiosos, porque esos hombres eran libres ahora, y ellos no, ellos estarían allí adentro atendiendo a otros locos, compartiendo su locura, aspirando su locura, convirtiendo la locura de los otros en propia. Obviamente que había enfermeros para destacar y no meterlos en la misma bolsa, pero los que miraban así, apoyados en el marco de la puerta con los brazos cruzados no eran de esos.

Una camioneta azul esperaba frente al hospital, el capataz Lagardúa los llevaría al campo donde trabajarían.

Estaban a punto de subir cuando una mano se posó sobre el hombro de Gastasuelas. Éste se dio vuelta y vio a Chifle que le dio un abrazo fuerte; lo sintió realmente. También lo vio Catalino que ya se había subido a la

camioneta y bajó para saludarlo.

- Nos vamo a trabajar al campo –dijo Gastasuelas con los ojos enjuagados- ¿Vo qué va a hacer?

Chifle, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, contestó tranquilamente:

- Yo me quedo acá, me voy a trenquelauquear un rato.